

El Perú vive ya un nuevo proceso electoral. Y aunque no se ha convocado oficialmente a los comicios del 2006, ni tampoco se han definido todas las candidaturas, asistimos a lo que ya es una práctica recurrente en estos tiempos: centrar la atención en lo coyuntural y ruidoso, o en los temas intrascendentes del quehacer social, obviando, interesadamente o no, la discusión de los problemas de fondo de nuestra realidad económica y social, que afectan el presente de las vidas de millones de peruanos, y que de no darse un giro radical en el orden de cosas existente, nos seguirán, desgraciadamente, aquejando en el futuro.

Si se debe usar o no la Plaza San Martín de Lima para concentraciones políticas, si nos acercamos o alejamos de Japón a propósito de su actitud ante la detención del ex presidente Fujimori en Chile, o si el Poder Judicial será capaz o no de fundamentar adecuadamente los cuadernillos de extradición del mismo —para señalar algunos ejemplos— son asuntos sin duda importantes del día a día, pero que teniendo sus propias esferas de tratamiento, no deben merecer, en las circunstancias actuales, más dedicación de la estrictamente necesaria.

Lo real es que, al aproximarnos al fin de un gobierno más de nuestra historia republicana, la frustración y el pesimismo de las multitudes, particularmente de los jóvenes, han sustituido al entusiasmo y optimismo con que dicha administración entró en funciones. Los índices de desaprobación así lo indican, que le quitan piso a toda iniciativa gubernamental, promisoría o no, tal como está ocurriendo con el TLC con Estados Unidos de Norteamérica.

En ese contexto cobra importancia excepcional lo que la Universidad peruana pueda hacer para contribuir a plantear una agenda que se oriente a una rectificación en el insoslayable debate que por el bien del país y de sus pueblos debe efectuarse, no para darle únicamente el rostro a las próximas elecciones sino para avanzar por el camino que a futuro haga realidad lo que Jorge Basadre llamaba la promesa de la vida peruana, que bien puede resumirse en dos palabras: bienestar y desarrollo, que nuestros sucesivos gobiernos republicanos no han sido capaces de alcanzar.

Con ese norte, ratificando una línea de conducta que mantenemos desde nuestro primer número, y gracias al respaldo institucional de Jorge Chediek, Representante Residente del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en el Perú, la presente edición de nuestra revista institucional puede entregar a sus lectores una Sinopsis del “*Informe sobre Desarrollo Humano. Perú 2005. Hagamos de la competitividad una oportunidad para todos*”, un CD del mismo, y los artículos de Luis Vargas Aybar, Raúl Lizárraga Bobbio y Jorge Bernedo Alvarado, funcionarios del citado organismo, abordando temas intrínsecamente relacionados al Informe: Desarrollo Humano y Ciudadanía, Desarrollo Regional y Competitividad, y la presentación del Algoritmo de Desarrollo Humano (ADH) como propuesta de indicador, respectivamente.

¿Cómo, desde nuestra singularidad geográfica, económica, histórica y cultural, y en el mundo globalizado de hoy, conceptualizamos el desarrollo económico sin calco ni copia?; o ¿cómo hacemos realidad tal desarrollo sin caer en las trampas del economicismo, subestimando o minimizando el fortalecimiento del conjunto de las capacidades que le permiten a todo ser humano llevar una vida digna, sin descuido de sus responsabilidades colectivas?; o, finalmente ¿cuáles son los caminos para que la democracia en el Perú sea una práctica cotidiana que incorpore a la vida política a los millones de peruanos, sea cual sea su hábitat, color, idioma o sexo? Esas son algunas interrogantes de largo aliento que deberían ocupar un lugar prioritario en la agenda de todas aquellas organizaciones que de buena fe siguen pensando que el Perú, pese a todas sus vicisitudes, sigue siendo un país viable.

El Informe del PNUD —lo dicen sus mismos autores— no es un recetario, es una invitación al debate y así debe ser tratado. De ahí la importancia de que en las circunstancias actuales pueda constituirse en un instrumento para el diálogo académico, profesional y político, como el que se efectuó en nuestro claustro en junio pasado y donde se visualizó la importancia de que el citado documento llegara a nuestros lectores en la forma como hoy se hace.

A esos lectores nuestro agradecimiento de siempre, por alentarnos a seguir en la brega editorial, que en una universidad estatal como la nuestra es un desafío a la imaginación; gratitud que hacemos extensiva a Enrique Cornejo Ramírez y a Juan Huaylupo Alcázar —egresado de las aulas sanmarquinas y actualmente profesor en la Universidad de Costa Rica— que con sus escritos se incorporan hoy a nuestra plantilla de colaboradores.

Ciudad Universitaria, noviembre de 2005

HUGOLEZAMACOCA

Decano